

APROXIMACIONES Y BREVE ANÁLISIS SISTEMÁTICO DE LA SINTAXIS COLOQUIAL

JULIO CÉSAR JIMÉNEZ MORENO
Universidad de Málaga

RESUMEN. El lenguaje coloquial no ha sido estudiado por la lingüística hasta hace escasos años. Existen referencias apelativas y expresiones propias de este tipo de lenguaje, siendo la espontaneidad su rasgo esencial. Cuando se alude a la sintaxis coloquial, este término está empleado en una acepción que implica el uso, lo pragmático: es decir, que existen -además de los factores propios de la sociolingüística- elementos que semánticamente hacen referencia al acto de enunciación y no a lo propiamente dicho en el discurso. Esta exposición pretende mostrar de manera muy concisa cómo la sintaxis, en el lenguaje coloquial, se emplea en sus más variadas funciones.

PALABRAS CLAVE. Sintaxis coloquial, carácter dialogal, carácter interjectivo, cortesía, eufemismo, econocmía, comocidad.

ABSTRACT. Colloquial language has not been part of linguistics until recently. It has appellative references and own expressions being spontaneity its essential characteristic. When we refer to colloquial syntax, this term is used with the acceptation that it implies language in use, what is pragmatic; in other words, besides sociolinguistics' own functions it includes elements that semantically makes reference to the act of enunciation and not to what has been actually said through out the discourse. This exposition pretends to show in a concise way how syntax and its different functions are used in colloquial language.

KEY WORDS. Colloquial syntax, dialogue, interjection, courtesy, euphemism, economy and confort.

La lengua coloquial, también llamada dialogada o conversacional, no ha sido estudiada por la lingüística hasta hace escasos años. Desde el comienzo de esta ciencia o disciplina ha primado el lenguaje escrito como fuente de ejemplos dotados de autoridad. Con el nacimiento de la gramática de la enunciación y de la pragmática, este tipo de estudios han cobrado un auge desconocido hasta ahora. Se trata, no obstante, de un terreno difícil, debido a la oralidad, aunque no infranqueable; poco a poco se van extrayendo datos objetivos desde una ciencia que alberga en su seno los estudios de la lengua hablada, promovida en un contexto generalmente espontáneo. Existen, pues, toda una serie de manifestaciones afectivas, referencias apelativas, preguntas y respuestas, expresiones irónicas, exclamaciones, formas de aceptación y rechazo, exageraciones, elipsis, iteraciones, anacolutos, hipérbatos, etc., propios del lenguaje coloquial.

Por otro lado, es indispensable para este estudio el material auditivo (grabaciones y captaciones), aunque en algunas ocasiones el texto escrito también da buenos resultados,

pues algunos autores han sabido trasladar al texto con fidelidad y maestría las características del coloquio. Adjetivos tales como popular, familiar, coloquial, informal, conversacional, hablada, oral, común, corriente, diaria, estándar, etc., han sido utilizados en el intento de calificar correctamente esta tipología lingüística.

Algunos expertos como W. BEINHAEUER (1968: 235) han estado de acuerdo en el hecho de que la espontaneidad es el rasgo esencial de este tipo de lenguaje, opuesto a la elaboración o formulación. Obviamente entran en juego factores propios del estudio de la sociolingüística: competencia lingüística, usos regionales y dialectales, edad, sexo, contexto (Pragmática), pero por encima de estas novedades existe una serie de rasgos que la diferencian del texto —narración, exposición, descripción, diálogo culto (formalizado o literario)— que desde el orden terminológico la encuadran en el denominado texto oral.

Entre los rasgos caracterizadores destacan el carácter dialogal (el diálogo es característica esencial de toda forma de intercomunicación, es decir, bidireccional, rasgo exclusivo del lenguaje humano. Esto quiere decir que no puede considerarse coloquio una conferencia o un discurso); el carácter oral (la lengua coloquial es esencialmente hablada; el lenguaje oral, los sonidos, fueron antes que la lengua escrita); la espontaneidad, es decir, falta de formación y organización del discurso reflexivo; la existencia de unos hábitos, de origen social o regional; la competencia lingüística de cada hablante, es decir, su dominio de la lengua, basado tanto en sus condicionantes naturales, como en su formación intelectual (por ello, la lengua coloquial no es uniforme, abarca desde las fronteras de lo vulgar hasta las proximidades de lo culto). La presencia de un *yo* y un *tú*, correspondientes a un emisor y un receptor; la existencia de una situación comunicativa que, por una parte, provoca la aparición de gran cantidad de elementos deícticos o señalativos y, por otra, permite la sustitución de lo puramente lingüístico por lo real, dando lugar a constantes elipsis; la tendencia a la economía lingüística, apoyada en los propios factores situacionales y en las presuposiciones contextuales; la presencia de factores paralingüísticos, tales como la entonación y la mímica, que refuerzan, matizan e, incluso, sustituyen parcialmente a la propia expresión verbal; y la expresión compartida (discurso construido a base de aportaciones de dos o más individuos, y que a menudo hace que los mensajes de uno de ellos se continúen y completen con los del otro, tanto semántica como sintácticamente).

En definitiva, cuando se alude a la sintaxis del coloquio, el término sintaxis está empleado en una acepción que implica el uso, lo pragmático. Pues existen elementos que semánticamente hacen referencia al acto de enunciación y no a lo dicho en el discurso. Este tipo de estudios se podría englobar en lo que en la bibliografía lingüística se ha llamado análisis del discurso, que intenta estudiar la organización del lenguaje por encima de la oración, estudiar unidades lingüísticas mayores, como la conversación o el texto escrito.

Las formas de iniciar el diálogo no las constituyen sólo los giros con los que se entabla una conversación, considerada ésta como un todo, sino cuantas manifestaciones orales, en sentido amplio, preceden de manera inmediata a cualquier comunicación por parte de uno o de otro interlocutor. Como L. SPITZER (1948: 86) advierte, tales manifestaciones no son otra cosa que «excitantes de la atención» destinados a predisponer al interlocutor hacia el verdadero contenido del discurso. Tal finalidad cumple el pronombre personal sujeto correspondiente a la persona a quien se habla cuando antecede a una pregunta: *Tú, ¿qué cantidad necesitas?*

En el uso de los vocativos, hay, naturalmente, peculiaridades. Si los interlocutores no se conocen, el tratamiento usual entre personas mayores es caballero o señora, cosa que convierte a la persona gramatical del interpelado en *usted* (3ª persona). Entre parientes, los vocativos habituales son: *padre, madre; papá, mamá* (más familiar); *papaíto, mamaíta*,

mamita (diminutivos); *abuelo, abuela; abuelito, abuelita* (diminutivos y más afectivos). Respecto a tío y primo, han de usarse con algún cuidado. El primero tiene muchas veces un significado despectivo y primo tiene el significado accidental de «tonto», «simple», «que se deja engañar fácilmente». El vocativo *hijo, hija* se usa con y sin pronombre posesivo (pospuesto) no existiendo posesión auténtica; la expresión *hijo mío* supone un modo de *captatio benevolentiae*. El vocativo *criatura*, igual que *niño, chico, chiquillo*, tiende mucho a ensanchar su aplicación a personas mayores: *¡Ay criatura, qué de cosas te van a pasá!* El vocativo *hombre* se emplea en tono familiar incluso a sujetos femeninos de cualquier edad, y su significado originario se ha desvanecido de tal forma, que no sólo se usa para seres humanos, sino para toda clase de seres vivos, incluyendo animales. Así, a los animales de carga no es raro que se les aguijonee con exclamaciones como *¡anda, hombre!* Frente a *hombre*, el vocativo *mujer* se aplica exclusivamente a interlocutores femeninos. Además, el campo de funcionamiento de *mujer* como vocativo es ilimitado, extendiéndose a toda escala de edades, desde la mujer más anciana hasta la niña recién nacida: *¡Ay, por Dios, no chillas tanto, mujer!* *Mujer* también funciona a veces como mero recurso: *Mujer*, yo creo que no le pondrán dificultades.

En cuanto a los expresivos de simpatía y antipatía, los irónicos son vocativos improvisados: *Oiga usted, iluso*. Cualquier forma vocativa se convierte en expresión afectuosa con sólo añadirle un sufijo diminutivo: *Adiós, papaito!, ¿No te ha pasado nada? —Nada. hijita, ¿qué me va a pasar?* Es curioso desde el punto de vista semántico rico y su diminutivo *riquín*. En principio debió decirse a los niños, aunque más tarde su uso se extendería a mayores. Irónicamente, *rico* se emplea con personas especialmente mal parecidas o antipáticas. Ejemplo: *Adiós, rica. Prenda*, en sentido figurado, significa ‘lo que se ama intensamente’, aunque también nos podemos encontrar con expresiones del tipo *Menuda/o prenda está hecho*. El tipo de vocativo con genitivos atributivos, como *de mi alma, de mi vida, de mi corazón*, tiene asimismo su modelo en el latín eclesiástico. Los insultos ficticios son formas tomadas por lo general de la abundantísima nomenclatura de los improperios, pero que merced a un sufijo diminutivo cambian de signo y se convierten ocasionalmente en puras expresiones de cariño: *tontín, tontuelo, pillín, diablillo*.

Por lo que se refiere a las expresiones injuriosas propiamente dichas, interesa ver, en primer lugar, de qué áreas léxicas se extraen principalmente. Son en primer término los nombres de ciertos animales los que encuentran aplicación en este sentido. La palabra *animal* es ya de suyo un insulto de grueso calibre. Otras serían: *borrico, cerdo, puerco o cochino, marrano, guarro, asno y burro*.

Debemos señalar también unos imperativos de percepción sensorial para iniciar el diálogo: *verás, verá usted* (en pronunciación vulgar, *verasté*), *mira, oiga usted, oye*, etc.

En el orden de las interjecciones, aparecen ciertas exclamaciones de exhortación con las que se reclama prisa, cuidado, etc. entre las que podríamos poner de ejemplo *¡pronto!, ¡inmediatamente!, ¡fuera!, ¡ánimo!, o ¡cuidado!* Tengamos, además, a cuidado, como designación afectiva de cantidad en frases del tipo *cuidado con las veces que le he visto*, es decir, *le he visto innumerables veces*, y *cuidado que* (*¡cuidado que eres bobo!, ¡qué grandísimo bobo eres!*). Con función análoga a la de cuidado, para reclamar precaución encontramos la interjección *¡jojo!*, que se diferencia de la anterior en que predominantemente señala cosas o personas que entrañan peligro, por ejemplo: *¡jojo con ese coche!* (‘que no te atropelle’). Anda expresa originariamente una invitación al puro movimiento corporal. Pero en su uso interjectivo no pasa de ser expresión destinada a incitar o dar estímulo o aliento. Ejemplo: *anda, ven, sentémonos aquí y charlemos un rato*. Tomado literalmente, *anda*

excluiría un «sentarse». Otra forma de empleo de esta interjección sería la de sorpresa. *Anda* suena entonces casi como *¡andá!*, es decir, con acento agudo.

Vamos, en el uso propiamente interjetivo, incita a activar la acción. En otras situaciones sirve para dar ánimos, y al mismo tiempo apaciguar: *vamos, serénate. Vamos* se usa igualmente como expresión de rabia: *¡dormirme el despertador...! ¡vamos, es el colmo! ¡Vamos! ¡estás loco!* También se oye mucho la expresión: *¡vamos, hombre, no hay derecho!* Otra forma del mismo verbo interjeccionalmente empleada, es *¡vaya!*; a diferencia del *vamos* que incluye a hablante e interlocutor, *vaya* excluye, o mejor dicho, aparta a éste. Esta misma interjección ha creado dos tipos sintácticos sumamente curiosos. En primer lugar, *vaya un(a) + sustantivo*, expresivo éste de una cosa o circunstancia que desagrade al hablante, por ejemplo: *¡vaya una espera!* La misma construcción se encuentra también sin artículo: *¡vaya moza!* El sentido despectivo o admirativo no reside en el artículo, lo da únicamente la entonación, según E. LORENZO (1966: 198). Tiene valor irónico la variante del tipo que acabamos de estudiar: *valiente o menudo (menuda) + sustantivo*, por ejemplo: *¡valiente bola!*; *¡menuda primada!* (véase primo); *¡menudo chasco!* La segunda forma gramaticalizada que ha creado *vaya* es *vaya si + forma verbal*: *Le desheredó, ¡vaya si le desheredó!*

Para cerrar esta serie de interjecciones de exhortación, se encuentran *¡ea!* y *¡hala!* Según ALEMANY y BOLUFER (1936: 95), la primera sirve para estímulo en el más amplio sentido de la palabra: «para infundir ánimo y excitar o para indicar alguna resolución de la voluntad»: *¡Ea, largo, divértirse!* Como señal de indignación se encuentra *¡ea!* casi siempre pospuesto: *esto no se puede tolerar, y no hay más cera que la que arde, ¡ea!* *¡Hala!* tiene un campo de aplicación más pequeño en cuanto expresa predominantemente una incitación al movimiento corporal: *Pues un día le llega su servicio, le visten de soldado y, hala, adonde le manden* (MUÑOZ SECA y PÉREZ FERNÁNDEZ 1920: 105). El empleo de la mayoría de ellas no viene limitado por determinadas situaciones: por ejemplo, un grito de sorpresa como *¡caracoles!* pudiendo emplearse también en caso de ira.

¡Ah! es la manifestación que acompaña a la comprensión de lo comunicado. En este uso se encuentra combinado *ya*: *¡Ah, ya, ya caigo!* Otro uso importante de *¡ah!* se encuentra en la introducción de frases que reflejan una ocurrencia súbita del hablante: *¡ah, me olvidaba decirle que...* Difiere completamente de todas éstas la tercera función de *¡ah!* como grito de ira: *¡Ah, ladrón!* Como uno de los sonidos primigenios del lenguaje humano, acompaña en general a las manifestaciones de los más diversos estados de ánimo, como el bienestar. *¡Ay!* en primer lugar, como manifestación de dolor, es el sonido que acompaña a los suspiros. Frente a éste, está el *¡ay!* como expresión de alegría; *¡aprieta!*, *¡arrea!*, *¡atiza!*, *¡agua!* Manifestaciones reflejos de sorpresa, admiración o también de gusto. *¡Bah!* en el *Diccionario de la lengua española* de ALEMANY y BOLUFER (1936: 157) es definido como: «Interjección con que se manifiesta desdén o incredulidad». Conforme a su significación, se suele articular con una mueca de desprecio con una a muy palatal.

¡Calla!, *¡calle!* serían «interjecciones con que se denota extrañeza». Suele emplearse indiferentemente una u otra. Calle no es la forma de cortesía correspondiente a *¡calle!*; en *¡calle, y se ha bebido media botella de coñac!* el *¡calle!* es puro reflejo de sorpresa. *¡Camará!* es camarada con pronunciación andaluza y probablemente andalucismo importado a Madrid. El *Diccionario de modismos* de RAMÓN CABALLERO (1905: 83) la define como «interjección familiar que denota extrañeza, asombro, admiración». *¡Canastos!*, *¡caracoles!*, *¡caramba!*, *¡caray!*, según ELISA PÉREZ (1929: 479), son expresiones originariamente obscenas y eufemísticamente desfiguradas. Se suele emplear *¡caray!* en situaciones molestas para el hablante, reflejando, sobre todo, miedo. La interjección archimadrileña *¡caracoles!*

presenta esporádicamente la forma ¡caracolas!; ¡cielos! es una interjección de susto y sorpresa. ¡Demonio!, ¡diablo!, ¡demonstre!, ¡diantre!, ¡diablo! son originariamente invocaciones al demonio, las tres últimas desfiguradas eufemísticamente. ¡Eh! tiene, en primer término, función de llamada. En este caso es casi inaudible, pues el gesto interrogante (ligero alzamiento de la cabeza) basta las más veces.

¡Hola! es, preferentemente, interjección de sorpresa. ¡Hola! indica comprensión súbita de una situación con miras a las consecuencias que para el hablante se derivan de ella. Expresión de sorpresa agradable, es ¡hola! como fórmula familiar de saludo. ¡Oh!, de determinación semántica muy difícil, como ya se desprende de la definición de José ALEMANY y BOLUFER (1936: 1425): «interjección de que se hace uso para manifestar muchos y muy diversos movimientos del ánimo y más comúnmente asombro, pena o alegría». También se destaca en ¡oh! especialmente el momento de la sorpresa y de una ligera perplejidad causada por ésta. ¡Psche! (o ¡pshs!) acompañado frecuentemente de un funcionamiento despreciativo, es expresión de desagrado, por ejemplo en ¿Te ha gustado la película? ¡Pschs! Regular, nada más. En el grupo ¡uf!, ¡puf!, ¡pu!, la primera denota cansancio o sofocación. Indica también repugnancia que señalan que, como expresión de fatiga, corresponde al francés ouf!. En situaciones de sofoco y de asco, se cambia en ¡puf! y ¡pu! ¡Uy! y ¡oy! indican la mayoría de las veces alegría y bienestar.

También encontramos los giros interjeccionales, que son ciertos sintagmas de carácter interjetivo que se presentan en forma de pequeñas cláusulas. En Madrid, por ejemplo, se oye con mucha frecuencia la expresión ¡ahí va! Del lenguaje eclesiástico procede ¡corazón de Jesús! como grito de horror; o también ¡ave María purísima! En la frase exclamativa, un tipo muy frecuente es el de qué + sustantivo o adjetivo. Son igualmente interjetivas, es decir, simples expresiones de reflejo las menciones de personas ausentes como testigos, ejemplo: ¡mi madre!

En el campo de la cortesía habría que destacar los ofrecimientos. Advirtamos que, al decir servidor, el español pone su persona a disposición del interlocutor expresiones como a sus órdenes, o para lo que usted mande. Para insistir en una invitación que no ha tenido éxito se recurre a una forma muy característica de la mentalidad española: ¿Me va usted a hacer ese desaire? Para solicitar autorización se emplea generalmente con su permiso. Como Dios quiera y cuando Dios quiera expresan sumisión a la voluntad de Dios, y el sentido es casi siempre pesimista. En cuanto al ruego, una de las expresiones más utilizadas es por favor o haga usted el favor. También si no le sirve de molestia (menos usado), o ¿quiere usted...?, etc. Para formular una disculpa se usan tres verbos: Dispense usted, disculpe usted y perdone usted (menos usado actualmente el primero). Para la cortesía desinteresada, se usan los piropos, es decir, los cumplidos especiales dirigidos al sexo bello. Hay otros cumplidos de índole más interesada: son los casos de *captatio benevolentiae*. Tanto gusto (propia mente he tenido tan gran placer que...) se usa como frase de despedida y también en las presentaciones. En el ámbito rural, en lugar de tanto gusto es usual contestar al ser presentada una persona que sea por muchos años.

En cuanto a la salutación más cordial y espontánea es el simple vocativo. La raíz del saludo es de tipo religioso (más usado en zonas rurales) como por ejemplo ¡A la paz de Dios! o restos del lenguaje bíblico. El mismo matiz religioso se advierte en otras fórmulas de saludo como santas y buenas tardes, vaya usted con Dios, etc. Las fórmulas de despedida formadas con hasta + complemento de tiempo responden al deseo de volverse a ver en todo caso: hasta luego, hasta mañana. El saludo español casi siempre va unido con la pregunta por la salud del interlocutor: ¿cómo vamos (o andamos) de salud? El solicitado interés por el estado de ánimo del interlocutor se expresa con giros como no se apure usted. También hay

gran número de expresiones como *tranquílcese, sosiégate, cálmate, serénate, no te alarmes, no te alteres*; además, las formas en frase nominal *¡calma, hombre, calma!, ¡tranquilidad!, ¡serenidad!, ¡no se moleste usted!* corresponden al francés *ne vous déranger pas*. La contestación más corriente a *no se moleste usted* es *no es molestia*.

Hay además, una serie de fenómenos estilísticos que inciden de una manera u otra sobre los modos de cortesía. La elusión de la primera persona y su sustitución por la tercera (como el *¡va!* del camarero en lugar del *¡voy!*). Para eludir el uso de la primera persona, es frecuentísima la expresión impersonal, por ejemplo *se agradece*. Efecto que en español ya se consigue con el *usted* de cortesía y la tercera persona.

No olvidemos mencionar aquí los dativos éticos que introducen al oyente como espectador en un acontecer que se desarrolla ante él, convirtiéndole en público y testigo muchas veces de lo inesperado (L. SPITZER 1922: 87). En cuanto a los eufemismos, ocurre a veces que por consideración al interlocutor, nos vemos en el caso de suavizar nuestra expresión, usando entonces los llamados eufemismos. Recordemos primero las más frecuentes deformaciones eufemísticas de los nombres de *Dios, el Diablo, la Madre de Dios, etc.*, *¡me cago en diez!* (vulgarismo frecuente), etc. También suelen desfigurarse eufemísticamente muchas expresiones obscenas como *¡cascajo!* (= *carajo*), etc. Un eufemismo corriente de la esfera sexual es, para designar a la *prostituta* o *ramera, zorra*, y designaciones más indeterminadas son *fulana, una cualquiera*, etc. Las necesidades diarias del cuerpo son perifrasedas con hacer uno sus necesidades, *hacer aguas menores* (= *orinar* —también humorísticamente mudarle el caldo a las aceitunas, donde el *tertium comparationis* es arrojar el líquido—); *hacer aguas mayores* (= *defecar* o, más popularmente, *hacer* —o *ir*— *de vientre*). En consideración al interlocutor, tratándose de una cosa que puede serle «desagradable», se alude corrientemente a ella con el neutro aquello. Aquí también sólo la situación respectiva permite inferir de qué se trata. Aquello equivaldría al «asunto». Un efecto atenuante se consigue con el recurso de la intercalación de oraciones elípticas de valor gerundial como *diciendo la verdad, o francamente* (en las que falta no sólo el verbo en forma personal, sino hasta el propio gerundio: *¿usted no me recuerda?* —*No, francamente no*. Para atenuar el mal efecto que pudiera causar al interlocutor una pregunta algo delicada, el hablante le pide permiso para formularla cuando ya la hizo: *¿Y de qué se trata, si no es indiscreción?* A veces, los sufijos diminutivos, sobre todo los agregados a adjetivos o a adverbios, también pueden asumir la función de atenuantes: *ya sabes que es algo envidiosillo*.

Sobre el encadenamiento entre habla y réplica propio de la conversación, el español parece que atiende a las palabras del interlocutor de manera concreta y precisa. Es decir, parece que se fija más en la forma de lo que oye que en el contenido. Capta las ideas del interlocutor asimilándolas para luego contestar de una manera enteramente independiente, sin que influya en su réplica la forma de que venía revestido lo manifestado por el interlocutor. Esta escrupulosa atención que el hablante español presta a lo que dice el interlocutor, y sobre todo a cómo lo dice, puede tener unas veces motivos alterocéntricos y otras egocéntricos. En el primer caso, habla y réplica se complementan formando una sola cláusula. En el segundo caso, es como si las palabras del otro fuesen examinadas con lupa y, vistos sus puntos vulnerables, utilizadas como su propio autor, dándoseles entonces un significado generalmente distinto a lo originario. Ambos casos requieren una intensa concentración sobre lo dicho por el otro, cosa que no supone gran esfuerzo para los extrovertidos hablantes meridionales.

Por otro lado, el tipo de respuesta afirmativa consiste en repetir lo dicho por el hablante: *¿Le parece a usted poco?* —*Poco*; *¿irás al cine esta tarde?* —*Iré*. A veces el habla

de A y la réplica de B se enlazan tan estrechamente, que vienen a formar una sola oración. Si lo que dice A contiene algo insufrible para B, por ejemplo un insulto, B recoge esta palabra ofensiva con *eso de...*, para echársela en cara al contrincante. El prurito de parodiar las palabras del interlocutor o de utilizarlas para la réplica produce a veces incorrecciones sintácticas; ejemplo: *¡Buena memoria! —Más buena es la tuya*. Lo corriente sería *mejor es la tuya*. Dos son, pues, las formas principales de encadenarse discurso y réplica: a) lo dicho por B forma con lo que dice A un conjunto oracional homogéneo (construcción unitaria); y b) las palabras de A son repetidas por B total o parcialmente, de un modo más o menos burlón, sarcástico. Pero aún hay una tercera modalidad: el discurso de uno de los interlocutores es continuado por el otro: B sigue, por decirlo así, los «carriles lingüísticos» (L. SPITZER 1948: 67) por los que iba A. Esto, sin embargo, se refiere únicamente al aspecto formal, ya que por cuanto respecta al contenido, puede ocurrir todo lo contrario: que el hablante, por el mismo hecho de valerle de palabras ajenas, se coloque en plena oposición al otro. En cambio, cuando ambas partes andan acordes, la más natural manifestación de tal armonía está en que B continúa y remata una oración iniciada por A: *¡Cuánto nos hemos querido! —¡Y cuánto nos tenemos que querer!* Cuando el discurso de A contiene una negación, lo normal es que B la continúe con *ni*. Frecuentemente el discurso de uno lo continúa el otro con una oración de relativo. Mediante ello, B deja por lo pronto ratificado lo dicho por A: *yo no soy más que un hombre de honor. —Sí, un hombre de honor que no saldrá nunca de pobre* (S. y J. ÁLVAREZ QUINTERO 1918: 92).

Dejando aparte el campo léxico, veamos la sintaxis y el estilo, y, en primer lugar, la frase interrogativa. Ésta, en el lenguaje coloquial se emplea en las más variadas funciones. Por ejemplo, una aseveración tiene un efecto más vivo y convincente si viene revestida de la forma interrogante, pues se dirige de modo más directo al oyente que una enumeración, la que puede resbalar sobre él sin hacerle mella. El tono ascendente de la pregunta tiene algo de apremiante, a lo que el oyente se sustrae con menos facilidad que a una simple afirmación, la cual —a diferencia de la pregunta— no necesita ser correspondida por parte del interlocutor para dar la impresión de algo completo y satisfactorio para ambas partes. Con el empleo de la interrogación el hablante pretende asegurarse el asentimiento de su interlocutora: *¿Sabe usted acaso un empleo mejor que el que yo propongo?* La interrogación sirve frecuentemente para expresión de la sorpresa y de la duda: *¿de veras?; no lo concibo; ¿Usted cree? (=lo dudo)*. La transición de la pregunta a la exclamación expresa indignación: *pero ¿qué ha hecho usted, hombre de Dios, qué ha hecho usted? (=¿Cómo ha podido usted obrar así? ¡Es inaudito!)*.

En segundo lugar, la enumeración. Uno de los fenómenos característicos del lenguaje coloquial español es precisamente su predilección por las enumeraciones. El español medio suele relatar las cosas reproduciéndolas tan plásticamente que se podría decir que representa directamente. Sobre todo el vulgo, que no se cansa de narrar pormenores; resulta de una necesidad natural, pese a la pérdida de tiempo que ello supone (son muy conocidos los populares cuentos de «nunca acabar» en la tradición oral, encontrándose tanto en colecciones literarias como en obras que las recogen teñidas de ironía, por ejemplo en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, cap. XX, parte Iª). Tal tendencia es observable incluso en diálogos de finalidad puramente práctica: una información tan sencilla como; por ejemplo, la tercera calle a la derecha, a lo mejor la da un hombre del pueblo en esta o parecida forma: *Mire usted, baja usted (siga usted por) esta calle y luego es, la primera no, la otra tampoco, la tercera bocacalle a mano derecha*. La afición del hablante español por la enumeración llega hasta el punto de que para los casos en que el detallar las distintas cosas o circunstancias supone alguna dificultad, la lengua coloquial tiene a mano determinadas

fórmulas comparables a las abstracciones numéricas ($a + b + c$) del álgebra: por ejemplo, *ha hecho esto y lo otro y lo de más allá*. La mayoría de las enumeraciones se cierran con una breve fórmula que resume la impresión total. Para ello se emplean preferentemente ciertas aposiciones introducidas, por lo común, con un en fin o total de recapitulación.

En tercer lugar, las repeticiones de palabras aisladas o de oraciones enteras pueden obedecer a diversas motivaciones psicológicas. El tipo de repetición afectiva ocurre sobre todo en el imperativo: *¡cállate, hombre, cállate!* Tales imperativos surten efecto más autoritario aún que la mera repetición literal, cuando ésta viene introducida por un que dependiente de un verbo *dicendi*, por ejemplo: —*¡cállate...! ¡que te calles! (he dicho)*. La repetición mecánica de una palabra o elemento fraseológico delata el nerviosismo del que habla: *y dime, dime, ¿le gustó el traje?* Otra es la motivación que tiene la repetición consciente con finalidad de insistencia. Es un medio del que se vale el hablante para «meter en la cabeza» del interlocutor lo que le interesa. También hay que recordar la repetición del numeral en las comparaciones: *dos niños como dos soles*.

Otro aspecto importante de la sintaxis coloquial es la economía y la comodidad, subyacente en la mayoría de las locuciones, por ejemplo, las elipsis aparentes, cuyas causas que motivan la misma expresión elíptica varían mucho según los casos: cuando queda incompleta la frase a impulso de fuertes emociones, es mejor hablar de aposiopsis, reticencia, suspensión. En otros casos la falta del verbo obedece a la afectividad. Rara vez se trata de omisiones, sino que la idea de lo que dice se le presenta tan viva al hablante que se le hace enteramente intemporal, con lo cual sobra el verbo, es decir, la expresión gramatical específica del tiempo. Tampoco hay necesidad de expresar el verbo en el imperativo afectivo. Aquí la imaginación del hablante se lanza inmediatamente sobre su objeto con tal impulso, que la noción del movimiento como tal escapa a la conciencia. En el caso de las elipsis auténticas, la causa de estas está en la actitud del hablante a quien le repugna repetir lo ya conocido y, por tanto, superfluo para la comprensión. Únase a ello una cierta comodidad que hace preferir una manera de expresión más bien subjetivo-sentimental a la puramente lógica y precisa. Algunas abreviaciones argóticas que se oyen con particular frecuencia son las de los nombres de pila (*Purificación en Puri, Leonor en Leo, Encarnación en Encarna o Encarni*, etc.). Por otro lado hay que señalar las formas apocopadas de términos técnicos como la moto, la foto, la tele, etc. A unos sustantivos femeninos sobreentendidos se refieren innumerables locuciones en las que tal vez incluso originariamente tal sustantivo estaba sólo aludido.

Otro ejemplo de la economía lo constituye las verba omnibus. La misma ley de economía o comodidad explica este frecuente empleo: decir, saber, conocer, querer, poner, meter, sacar, llevar, llegar, traer..., por ejemplo: *se puso igual que unas castañuelas de contento*; ponerle el cascabel al gato; sacar los colores a la cara; llevarte a uno la corriente; traer un negocio entre manos. Por el principio de comodidad se explica también el empleo de ciertas palabras explicativas, vacías de significado concreto que actúan generalmente como muletillas o comodines. F. YNDURAIN (1965: 3) las caracteriza acertadamente como palabras «desprovistas o despojadas de sentido, y utilizadas como mero soporte en la conversación». Tales son pues y vamos. La primera se emplea introduciendo una respuesta para cuya formulación el hablante necesita reflexionar un momento, es decir, que la muletilla sirve para colmar este vacío. La partícula expletiva vamos se explica psicológicamente por la necesidad que experimenta el hablante, cuando se ha atascado en su discurso, de estrechar el contacto con el oyente: a éste le hace partícipe, diríamos, de su turbación. Con vamos le invita a un esfuerzo, en común, para continuar.

Dentro de las particularidades sintácticas, pueden mencionarse, en primer lugar, un curioso tipo de frase condicional privativo del lenguaje hablado, donde se da con suma frecuencia. En él las dos partes de la oración condicional, en lugar estar subordinada una a otra, van coordinadas. Y es que, en el lenguaje coloquial, el orden paratáctico prevalece sobre el hipotáctico.

Otros fenómenos exclusivamente propios del lenguaje coloquial son a) el curioso tratamiento del pronombre relativo: *es ese niño que le dicen el...* (expresión indudablemente más cómoda que la gramaticalmente correcta *el niño a quien (le) dicen...*); b) la anticipación del pronombre de dativo (o acusativo) *le*, que en ocasiones se observa incluso en la lengua escrita, por ejemplo, *tengo el gusto de participarle a usted* en lugar de *participar a usted* (uso este en la variación atlántica del español). Ahora bien, lo curioso es que el *le* anticipado a veces aparece en singular también en aquellos casos en que el sustantivo a que apunta se halla en plural: *las cosas que l'ocurren a estos ingleses*.

Finalmente, en los casos que requieren rematar la enunciación, se usan a veces aquellas expresiones que en el fondo no indican otra cosa que la que el hablante quería decir, sin nada más que añadir. Por una parte, como dice L. SPITZER (1922: 57), tales expresiones proceden «de un principio de cortesía para con el interlocutor a quien se le da la señal para que hable, y con ello se le evita la desagradable contingencia de una interrupción prematura y descortés», por otro lado, comunican a lo dicho cierto aire de seguridad y firmeza, despertando en el oyente la ilusión de algo completo. La inmensa mayoría de ellos van precedidas de la conjunción, y responden a la necesidad de completar y redondear el conjunto.

BIBLIOGRAFÍA

- ALARCOS LLORACH, EMILIO (1972): *Estudios sobre gramática funcional del español*, Madrid, Gredos.
- ALARCOS LLORACH, EMILIO (1994): *Gramática de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe.
- ALEMANY Y BOLUFER, JOSÉ (1936): *Diccionario de la lengua española*, Sopena, Barcelona, 1936.
- ÁLVAREZ QUINTERO, S. y J. (1918): *Pedro López*, Madrid.
- BEINHAUER, WERNER (1968): *El español coloquial*, Madrid, Gredos.
- CASCON MARTÍN, EUGENIO (1995), *Español coloquial*, Madrid, Edinumen.
- CORTÉS RODRÍGUEZ, LUIS (1994): *Tendencias actuales en el estudio del español hablado*, Almería, Universidad de Almería.
- Lorenzo, Emilio (1966): *El español de hoy, lengua en ebullición*, Madrid.
- MUÑOZ SECA, PEDRO y PÉREZ FERNÁNDEZ, PEDRO (1920): *Pepe Conde*, Madrid.
- Pérez, Elisa (1929): «Algunas voces sacadas de las obras de Álvarez Quintero», en *Hispania*, California, XII, págs. 479-488.
- SPITZER, LEO (1922): *Italienische Umgangssprache*, Bonn y Leipzig.
- SPITZER, LEO (1948): *Linguistics and Literary History*, Tony Crowley, Alan Girvin, Lucy Burke.
- VIGARA TAUSTE, ANA M^a (1992): *Morfosintaxis del español coloquial*, Madrid, Gredos.